

Octubre, como habría sido muy conveniente: pues el indicado documento se relaciona con lo que N. SS. Padre el Sr. Leon XIII ha mandado que se practique durante este mismo mes en todas las Iglesias del mundo católico en honor de la Santísima é Inmaculada Virgen Maria, venerándola é invocándola con el rezo de su Santísimo Rosario, y para lo cual ha concedido Su Santidad gracias é indulgencias especiales.

Mas como en todo tiempo son importantísimas las instrucciones que el Vicario de Jesucristo dá á la Iglesia de Dios de la que es cabeza visible, y especialmente cuando, como ahora, esta Iglesia santa sufre la más impía opresión y persecucion de parte de sus enemigos, las palabras del Sumo Pontífice deben ser escuchadas con profunda atencion, amor y respeto, poniendo en práctica cuanto ellas nos indican; pues esta es la voluntad de Dios, y este es el único camino que debemos seguir para no extraviarnos y perdernos.

Oíd, pues, Venerables Hermanos é hijos nuestros, lo que nos dice N. SS. Padre en su Encíclica expedida en 15 de Agosto del presente año, acerca del Patrocinio de Sr. San José, juntamente con el de la Santísima Virgen Madre de Dios, que conviene implorar en razon de la dificultad y malicia de los tiempos.

*La Encíclica de N. SS. Padre á que alude lo anterior, se encuentra inserta ya en el número anterior.*

... Lo que habeis oído, Venerables Hermanos y amados hijos, es sin duda lo más eficaz, así para excitar en todos los corazones fieles la más acendrada devocion al Santísimo Patriarca Sr. S. José, como para hacer que se practique al pie de la letra y con nuevo fervor lo que N. SS. Padre quiere y dispone que practiquemos en culto y veneracion de tan gran Santo. Su Santidad espera que hagamos aun más en lo particular, y por esto nos previene, por que le consta la general devocion que en todo el mundo católico se profesa al castísimo Esposo de la Virgen Inmaculada, al padre putativo de N. S. Jesucristo, y al

Patrono poderosísimo de la Iglesia Católica. Esto mismo esperamos por nuestra parte de todos nuestros buenos diocesanos, y solo haremos aquí las prevenciones siguientes:

1.º Por separado hemos mandado imprimir y circular la Oracion que despues del Rosario debe decirse como invocacion al Santísimo Patriarca, y por la cual concede Su Santidad la indulgencia de siete años y siete cuarentenas cada vez que se rece. Los Sres. Párrocos advertirán y explicarán esto mismo á sus respectivos feligreses, para que procuren ganar dicha indulgencia.

2.º Recordamos á los mismos Sres. Párrocos el celo y cuidadoso empeño con que deben conservar, mejorar y aumentar cuanto esté de su parte, en sus respectivas parroquias, la Asociacion del culto perpetuo de Sr. San José; y si en algunas aun no se hubiere establecido dicha Asociacion, procurar con empeño los respectivos Párrocos que se establezca.

3.º Conforme á los deseos é indicacion de N. SS. Padre, mandamos que en nuestra Iglesia Catedral y en todas las parroquiales de la Arquidiócesis, se celebre anualmente con la solemnidad posible un triduo á Sr. San José, en los dias 17, 18 y 19 de Marzo, lo que se recordará con anticipacion por esta Sagrada Mitra.

La presente carta se leerá *inter Missarum solemnitas* en todas las Iglesias de este Arzobispado, el domingo siguiente al dia en que se reciba; y juntamente con ella recibid, Venerables Hermanos y amados hijos, la bendicion pastoral que os envío en el nombre del Padre, y del Hijo y dei Espíritu Santo.

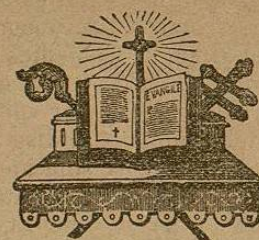
Dada en Guadalajara, á 12 de Octubre de 1889.—† PEDRO, Arzobispo de Guadalajara.—Por mandato de S. S. Ilma., Miguel de la Peña, Pro-secretario.

### RECTIFICACION.

En la entrega anterior, pág. 158, lín. 30 y 31, dice: "de 10 de Junio de 1889." Léase: DE 10 DE JUNIO DE 1859.

## COLECCION

DE DOCUMENTOS



ECLESIASTICOS.

ANT. IMP. DE N. PARGA.

RESP. FRANCISCO ZUÑIGA.

TOM. VI.

GUADALAJARA, NOVIEMBRE 8 DE 1889.

NUM. 21.

### SECCION III.—Variedades.

#### CARTA PASTORAL

del Ilmo. Sr. Arzobispo de Chile, sobre la intemperancia en la bebida.

*Neque ebriosi... regnum Dei possidebunt.*

Los entregados á la ebriedad no poseerán el reino de Dios.

(San Pablo, Carta I á los Cor.)

#### I.

De los dones naturales con que Dios ha favorecido al hombre, el más excelente es el de la razon. Este don lo distingue esencialmente de los demás seres de la creacion y lo constituye soberano de todos ellos. Es la luz que debe guiarlo á través de la larga noche de su peregrinacion por la tierra, haciéndole discenir, con el auxilio de la fé, el bien del mal, lo justo de lo injusto, lo que conduce á su felicidad de lo que lo aparta de ella. Señora de las pasiones, les señala el límite hasta donde pueden llegar y el cauce por donde deben correr sus aguas sin desbordarse.

Siendo tan grande la excelencia de este don, grande debe ser tambien nuestro empeño por conservarlo en toda su integridad y mantenerlo en pleno ejercicio. Sin embargo, hay un vicio, ama-

dos diocesanos, cuya consecuencia inmediata es la perturbacion y oscurecimiento de esta nobilísima facultad, y que impidiéndole su cabal ejercicio, coloca al hombre al nivel de los seres irracionales. Despojado, á causa de este vicio, de su altísima prerogativa de ser racional, envilécese su dignidad de hombre y deja caer al fango su corona de rey de la creacion. Este vicio degradante es la embriaguez, producida por la intemperancia en la bebida.

Mas, con ser tan degradante y envilecedor, vemos con honda pena que este vicio se estiende en nuestro pueblo en proporciones formidables y se propaga como lepra contagiosa en las diferentes clases de nuestra sociedad. Los repugnantes espectáculos de la embriaguez se presentan en todas partes: en las grandes poblaciones, en las aldeas, en los campos, en los caminos públicos; y no están exentos de su contagio ni el adolescente que lleva todavía en su frente la aureola de la inocencia, ni el anciano de blancos cabellos que va inclinándose al sepulcro, ni aún el otro sexo que se distingue por su delicadeza. Sorprende verdaderamente la cifra de personas, víctimas de este vicio, que recogen cada dia los agentes de la autoridad en las calles públicas de nuestra capital, para ocultar tan tristes miserias á la vista del extranjero y del hombre honrado.

Y lo más doloroso es que los viciosos eligen de preferencia para soltar la rienda á sus pasiones desbordadas el dia que



Dios nos manda santificar con obras de piedad y de misericordia, día en que, dando de mano á las faenas abrumadoras que agobian el cuerpo, debemos ocuparnos en los intereses eternos del alma.

Grande es sin duda á los ojos de la fé, y aun á los ojos de la filosofía y de una política elevada, el día del Señor. *El día que Dios ha hecho* (Salmo 117) y que ha hecho para sí; el día de sus misterios y de sus milagros en que ha manifestado las maravillas de su poder y de su misericordia; el día de su glorioso y eterno reposo despues de la creacion de este magnífico universo; el día de la resurreccion y de la vida por la victoria de su Hijo sobre la muerte y el infierno; el día de la libertad y de la trasformacion del mundo por la bajada de su Espíritu sobre las naciones sumergidas en los abismos de errores, de corrupcion y de miseria; este gran día es el que de preferencia se elige para ofender al Señor y para abusar torpemente de sus gracias y misericordias.

La extension y gravedad de este vicio, causa de tantos y tan lamentables males en el individuo, en las familias y en la sociedad, nos impone el deber de levantar nuestra voz para traer á buen camino á los extraviados, preservar á los que se hallan en peligro de contagiarse y conjurar á todos los que se interesan sinceramente por la suerte de nuestro pueblo á que nos ayuden á extirpar, si fué posible, ó á atenuar, al ménos, los estragos de este vicio, que degrada la dignidad humana, que envilece el carácter del cristiano y hasta deshonor el nombre de chilenos.

Y ahora que vuestras almas, amados diocesanos, han sido purificadas en las aguas de la penitencia con el cumplimiento del precepto pascual, lisonjéanos la esperanza de que nuestras exhortaciones paternales no caerán en los corazones como semilla en roca estéril ó en terreno pedregoso. Y á fin de retraer con más eficacia de la intemperancia á aquellos que pagan á ella tristes y frecuentes tributos, séanos permitido presentar á su vista el cuadro de los males

que produce en el individuo, en las familias y en la sociedad, así como investigar las causas principales que favorecen su propagacion y señalar algunos de los remedios que pueden servir para curarla.

No extrañéis, que, llenos de interés por vuestras almas, nos sobrepongamos al disgusto profundo que nos causa la sola idea de tratar de un asunto que nos presenta cuadros de desolacion y de vergüenza, de un vicio que nos humilla y nos degrada. Confiando en Dios, nos atrevemos á sondear esta llaga repugnante de nuestras costumbres degeneradas, llevando la luz á esos antros impuros de la abyeccion más profunda, porque el Señor nos ha colocado en medio de vosotros, no solamente para *edificar y plantar*, sino tambien para *arrancar y destruir*. (Jeremías, I. 10.)

## II.

El individuo es la primera y más infortunada víctima de la embriaguez habitual, en quien acumula un monton de ruinas morales, intelectuales y físicas.

La Divina Providencia ha señalado á los deseos del hombre, como á las olas del mar, un límite que no puede traspasarse sin caer en el desórden. Por esta razon, en el órden moral, todo exceso degenera en vicio, así como en el órden físico todo exceso degenera en dolencia. Mas, los deseos del hombre no se sacían jamás, y las pasiones, tascando el freno de toda ley, se precipitan como corceles desbocados atropellando las vallas más poderosas. Para contenerlas dentro de los límites que les ha señalado el dedo de Dios, se necesita del esfuerzo de una virtud que tiene por objeto reglar los apetitos del cuerpo á fin de someterlo al espíritu y sujetar más fácilmente el espíritu á Dios. Esta virtud es la templanza, virtud *cardinal* ó fundamental, cuyo ejercicio es indispensable para la salvacion.

Pecan contra esta virtud los que se exceden en la bebida hasta caer en la embriaguez, que produce el trastorno de la razon; y pecan gravemente, porque la pérdida voluntaria de la más noble facultad humana, implica un gravísimo de-

sórden moral. La razon, dice el Dr. Dufleur, es como un rayo divino que se derrama sobre el hombre revistiéndole de su magestad. "La razon no le ha sido dada para ser la compañera del vicio. (1)

Con el oscurecimiento de la razon, el hombre pierde la conciencia de sí mismo, se hace inhábil para obrar como sér racional, se trasforma en máquina inconsciente, cuyos movimientos son regulados por ciegos apetitos, y cae en una abyeccion más profunda que la de los animales, en quienes el instinto suple en algun modo la carencia de la razon. Podría preguntarse si el ébrio es un hombre, ya que no piensa, no siente, ni ama, cosas que son atributos esenciales del hombre. Los vapores del vino extinguen los más nobles y naturales sentimientos del alma: para el que se entrega á la pasion del vino, no hay padres, ni esposa, ni hijos, ni amigos. Estos vínculos tan dulces como sagrados con que la naturaleza ha encadenado el corazón, no solamente se relajan y debilitan, sino que suelen convertirse en lazos odiosos y detestables: la conciencia, el honor, la reputacion, las consideraciones sociales dejan de ser estímulos para contener los desbordes de la tiránica pasion.

El que por el exceso en la bebida se hace incapaz de toda reflexion, se precipita fácilmente á todo género de desórdenes, se avalanza ciegamente á toda clase de crímenes, y como el que anda entre precipicios con una venda en los ojos, va rodando de abismo en abismo y de iniquidad en iniquidad. Por eso justamente ha dicho San Agustín que "la embriaguez es la fuente de todos los crímenes, el origen de los más deplorables extravíos, la raíz de los vicios, la causa de las malas acciones."

El hombre, privado de la razon, siente con violencia irresistible el imperio de sus malos instintos, y careciendo de toda energía moral para reprimirlos y de toda reflexion para medir las consecuencias de sus actos, se deja arrastrar

por ellos á los mayores excesos. Ora es una béstia feroz, sedienta de la sangre, que hiere y mata sin compasion, y blanda con goce inhumano el puñal asesino, y provoca con ademan insolente y con injurias soeces á riñas sangrientas, de que ellos mismos suelen ser víctimas desgraciadas. Ora es un miserable idiota que sin conciencia de sí mismo, profiere blasfemias y palabras indecorosas y lascivas que hieren oídos castos, y exhibe públicamente desnudeces que ofenden el pudor de las personas honestas y delicadas. Ora se precipita con ansia insaciable á los placeres sensuales y se revuelca en el fango de esos delitos inmundos, porque dicho está en el Libro de los Proverbios: *El vino está lleno de lujuria*. (1) El pillaje, el robo, el asesinato, las riñas, las injurias, la crueldad, suelen ser el cortejo obligado de la embriaguez. Y muy amenudo los que premeditan un crimen, piden al vino el valor que les falta para cometerlo, en la persuacion de que éste tiene la triste virtud de convertir en fiera al hombre más pacífico, de hacer temerario al más precavido, y de dar la dureza y frialdad del mármol al corazón más sensible.

La estadística criminal de todos los pueblos confirma esta verdad; pues de las espantosas cifras que ella consigna, se deduce que la mayor parte de los crímenes que se cometen en el mundo, son producidos por la embriaguez. Y no es menester pedir revelaciones á la estadística criminal para adquirir este triste convencimiento. ¿No vemos cómo hombres de índole tranquila se hieren y matan con ferocidad salvaje bajo la influencia de la embriaguez? ¿No vemos cómo personas que estando en posicion de su juicio no se atreven á ejecutar en público ningun acto ménos decoroso, suelen presentar en nuestras calles y plazas espectáculos de un furor desenfrenado? Es porque, como dice el Libro del Eclesiástico, *el vino engendra la cólera, destruye el pudor y amontona grandes ruinas*. (2)

(1) Cap. XX. v. j.

(2) Cap. XXXI, v. 38.

(1) *Nature et virginité.*



Y estos delitos, que tienen por causa á la embriaguez, no son excusables moralmente con la consideracion de la carencia de libertad y de razon; porque, si los que los cometen no son libres en los efectos, lo son en la causa, toda vez que han podido prever que embriagándose, caerían en esos delitos. Esta es la doctrina del Concilio de Viena cuando dice: "Las personas ébrias no son libres ni en sus cuerpos ni en sus espíritus; y sin embargo, no dejan por eso de ser culpables de los crímenes que han cometido sin saberlo, porque esta ignorancia es voluntaria."

(Continuará.)

### LAS MALAS LECTURAS.

Uno de los graves males que más deplorables consecuencias encierran es el de las lecturas inmorales, impías ó peligrosas. Á que tan expuestas están en nuestros días la juventud y la niñez.

En otros tiempos, la ocasion de las malas lecturas no se presentaba tan frecuentemente; hoy se la tiene por doquiera; se brinda siempre y en todas partes; se vive rodeado, asediado por ella sin cesar. Ya es aquí un periódico lleno de impiedades; ya es allí un libelo difamatorio, en que la frase inmundada y obscena se ostenta con todo cinismo; ya por acá un folleto que rebosa en injuria y grosería, ó por allá un libro, que sólo podría figurar en una biblioteca de burdel, si los burdeles tuvieran bibliotecas. Y todo eso corre á precios ínfimos, al alcance de todas las fortunas, de todas las pobreza, por decirlo así, como para llevar á todas las clases la lepra de la inmoralidad, la corrupcion del alma, engendradora mil veces de la corrupcion del cuerpo, agente eficaz de la degeneracion de las razas, del abatimiento y la degradacion de la especie. Verdaderamente estamos inundados de papeles y folletos inmundos é impíos; la actividad desplegada en multiplicarlos es asombrosa.

Este tan grave mal parece demandar

de los católicos un remedio adecuado á su magnitud. Y sin embargo, si se examina cuál es la conducta observada por ellos, apenas profundamente la punible indiferencia con que le ven.

Lo primero que los católicos deben hacer para impedir los efectos del mal que señalamos, es abstenerse de la lectura de todos esos libros y periódicos, no contribuir de ningún modo á su venta ó circulacion, no cooperar en manera alguna á su sostenimiento, esto es, no comprar, no recibir los periódicos ni los libros impíos ó inmorales, no servir de agentes ni correspondientes á las empresas que los venden, no prestarles, finalmente, ayuda ninguna. Los padres de familia muy especialmente, deben cuidar de que sus hijos no lean esos periódicos ni libros, sustituyéndolos en sus manos por periódicos ortodoxos y de mérito, ya extranjeros, ya nacionales, que felizmente no escasean.

Muchas veces hemos llamado sobre esto la atencion de los católicos é insistiremos acerca de ello otras muchas más, por que estamos profundamente convencidos de que, si los católicos cumplieran con estricta fidelidad sus deberes á este respecto, las publicaciones anticatólicas ó acabarían, muriendo bajo el peso de la reprobacion pública, ó quedarían aisladas en el campo de los suyos, sin traer su perversa influencia al campo de los nuestros.

Con esos papeles debe hacerse lo que con los epidemias: aislarlos por medio de un cordon sanitario, para evitar así la difusion de la peste inmoral de que son mensajeros abominables.

Esa medida, los católicos están obligados á tomarla con tanta mayor necesidad, cuanto que para ella no se necesita nada positivo, sino que basta meramente una conducta negativa: no leer, no escribir, no comprar, no favorecer publicaciones impías; fijarse como regla inquebrantable de conducta la de no permitir la entrada de los periódicos y libros inmorales ó impíos al hogar; y negarse á toda solicitud de suscripciones ó compra de tales publicaciones. ¿Quién puede obligar á los católicos á recibirlos contra su voluntad?

Nadie, por cierto; más si por desgracia los agentes del mal y los especuladores del escándalo y de la infamia, hallaren modo de obligar á algunos á recibir contra su voluntad alguna de las escandalosas publicaciones á que aludimos, nada impedirá á los así ofendidos en sus derechos y en su fé, hacer pedazos sin leer, los inmundos papeles que se les obliga á recibir. Esto en caso de que, en efecto, se les obligue de una manera ineludible á recibirlos y pagarlos, pues si no es así, lo que deben hacer es negarse á recibir papeles de que no pueden reportar bien ninguno; pero negarse de una manera rotunda, valerosa, enérgica, sin miramientos, sin respetos humanos, sin faltar á su deber, pero tambien sin renunciar cobardemente sus derechos. El derecho humano de por sí es sagrado; pero lo es mucho más, cuando es el escudo de la moral, el amparo del bien, el valladar contra la especulacion inmoral, la resistencia á la corrupcion y á la perversidad; y uno de los más nobles ejercicios que podemos hacer de nuestros derechos, es hacer frente á la prensa corruptora que de folletos y periódicos inmorales nos inunda, resistir á su accion, negándonos, cualesquiera que sean las influencias bajo que pretenda hacerse llegar á nuestro hogar, á recibirla, como perniciosa peste, como deshonra vergonzosa.

De la misma manera que no recibiríamos ni presentaríamos en nuestra casa á un bandido ó á una prostituta, ni viviríamos en la intimidad con un ladrón ó un asesino, así tampoco debemos permitir la entrada en el santuario de nuestro hogar á esos periódicos, folletos y libros que están dirigidos por la incredulidad más grosera y burda, ó por la corrupcion más asquerosa y criminal. Un libro es un amigo, se ha dicho con verdad; y así como los buenos amigos deben buscarse y huirse de los malos, así deben buscarse los buenos libros y huirse de los malos; y lo mismos hay que decir respecto de los folletos y periódicos.

De ahí, que así como los niños y los jóvenes deben ser apartados de las malas

compañías, debe tambien apartárseles de una fuente de corrupcion: y segundo; por que ellos á su vez, cuando sean ya *sui juris* ó tengan á otros bajo su cuidado, continuarán la misma conducta y de esa manera el bien hecho hoy trascenderá á las nuevas generaciones.

Sigan, pues, la conducta que la moral y el interés de la buena educacion exigen respecto de las publicaciones impías é inmorales, todos los padres de familia; y aquellos que, por alguna especial circunstancia, se vean en la necesidad de recibir alguna publicacion escandalosa en su casa, rómpala en mil pedazos sin leerla; lo que no podrá impedirseles, ciertamente, por nadie, y eviten así que produzcan el mal ingentísimo y los espantables estragos que de otro modo producirían.

### EL DARWINISMO COMBATIDO POR UN POSITIVISTA.

Un periódico de Viena, dice:

—"La Religion y la Iglesia jamás han tenido miedo á la ciencia, siempre la han fomentado y aun la cultivan y protegen más que ninguna otra institucion. La ciencia siempre floreció al amparo de la Iglesia que la defendió constantemente. Un ejemplo luminoso de lo que afirmamos, lo ofrece el actual Congreso Antropológico de esta capital.

"En este Congreso, el célebre Virchow ha pronunciado un discurso de suma importancia, en el cual ha llegado á conclusiones de que hay que levantar acta de ellas, porque su autor conserva suma respetabilidad y claridad de juicio, y sus conclusiones son semejantes, casi idénticas, á aquellas que han sostenido siempre los sabios católicos.

"Virchow ha cantado un himno fúnebre á la teoría que supone al hombre descendiente del mono, teoría ideada por Darwin y combatida desde el momento en que se hizo pública por los sabios católicos.

"Además, Virchow se ha pronunciado por la unidad del género humano, y ha